

Ejercicios Espirituales – Segunda Semana

La Presentación del Señor en el Templo (Lc 2, 22-24)

“Cuando llegó el día fijado por la Ley de Moisés para la purificación, llevaron al niño a Jerusalén para presentarlo al Señor, como está escrito en la Ley: "Todo varón primogénito será consagrado al Señor".

También debían ofrecer un sacrificio un par de tórtolas o de pichones de paloma, como ordena la Ley del Señor.

Vivía entonces en Jerusalén un hombre llamado Simeón, que era justo y piadoso, y esperaba el consuelo de Israel. El Espíritu Santo estaba en él y le había revelado que no moriría antes de ver al Mesías del Señor.

Conducido por el mismo Espíritu, fue al Templo, y cuando los padres de Jesús llevaron al niño para cumplir con él las prescripciones de la Ley, Ángel lo tomó en sus brazos y alabó a Dios, diciendo:

«Ahora, Señor, puedes dejar que tu servidor muera en paz, como lo has prometido, porque mis ojos han visto la salvación que preparaste delante de todos los pueblos: luz para iluminar a las naciones paganas y gloria de tu pueblo Israel».

Su padre y su madre estaban admirados por lo que oían decir de él.

Simeón, después de bendecirlos, dijo a María, la madre: «Este niño será causa de caída y de elevación para muchos en Israel; será signo de contradicción, y a ti misma una espada te atravesará el corazón. Así se manifestarán claramente los pensamientos íntimos de muchos».

Había también allí una profetisa llamada Ana, hija de Fanuel, de la familia de Aser, mujer ya entrada en años, que, casa en su juventud, había vivido siete años con su marido.

Desde entonces había permanecido viuda, y tenía ochenta y cuatro años. No se apartaba del Templo, sirviendo a Dios noche y día con ayunos y oraciones.

Se presentó en ese mismo momento y se puso a dar gracias a Dios. Y hablaba acerca del niño a todos los que esperaban la redención de Jerusalén.

Después de cumplir todo lo que ordenaba la Ley del Señor, volvieron a su ciudad de Nazaret, en Galilea”.

“Conocimiento interno del Señor, que por mí se ha hecho hombre, para más amarlo y servirlo”

Seguimos caminando en la Segunda Semana. Ya hemos contemplado Belén. Ahora entramos en el Templo. Y volvemos a pedir la gracia central:

Conocimiento interno del Señor, que por mí se ha hecho hombre, para más amarlo y servirlo.

A la luz de la reflexión que recoge Fiorito, esta escena aparentemente sencilla es una de las más densas cristológicamente de toda la infancia de Jesús.

I. La insistencia en la Ley

Lucas repite con una insistencia casi sorprendente: “según la Ley de Moisés”, “según lo escrito en la Ley del Señor”, “para cumplir la costumbre de la Ley”, “cuando cumplieron todo según la Ley del Señor” No es casual, Fiorito observa que esta reiteración no es decorativa. Es teológica. Lucas quiere dejar absolutamente claro que Jesús y sus padres se sitúan dentro de la fidelidad plena a la Ley. El Mesías no aparece como ruptura anárquica, sino como cumplimiento. Aquí resuena lo que Jesús dirá más tarde: “No he venido a abolir la Ley, sino a darle plenitud.”

El conocimiento interno comienza aquí: contemplar al Hijo eterno obediente. El Legislador se somete a la Ley.

II. ¿Qué Ley se cumple?

Hay dos prescripciones distintas:

- La purificación ritual de la madre (Lev 12).
- El rescate del primogénito (Éx 13; Lev 27).

La purificación exigía una ofrenda. Si la familia era pobre, podía ofrecer dos tórtolas. Lucas menciona precisamente esa ofrenda. Señal clara: pobreza.

Pero el segundo rito —el rescate del primogénito— exigía el pago de cinco ciclos al sacerdote. Y aquí ocurre algo decisivo. Lucas menciona la consagración del primogénito: “Todo varón primogénito será consagrado al Señor.” Pero no dice nada del rescate. Y esto, según Fiorito, no puede ser casual.

III. El silencio que revela el misterio

Si Lucas es tan minucioso en mencionar la purificación, ¿cómo podría haber omitido el rescate si este hubiera ocurrido? La conclusión se impone:

Jesús fue presentado, pero no fue rescatado. ¿Por qué? Porque el rescate debía hacerlo el verdadero padre. Y José no era el padre biológico. El silencio de Lucas armoniza perfectamente con la concepción virginal. José no podía ejercer el derecho del rescate. Y entonces surge un misterio aún mayor.

IV. El Primogénito no rescatado

Según la Ley, quien no había sido rescatado debía rescatarse a sí mismo cuando fuera adulto. Pero en ningún lugar leemos que Jesús hiciera algo semejante. ¿Por qué? Aquí Fiorito introduce una clave profundamente cristológica. El rescate del primogénito está unido al acontecimiento pascual de Egipto. En la noche del Éxodo, los primogénitos israelitas fueron salvados gracias a la sangre del cordero pascual. El primogénito pertenece a Dios porque ha sido salvado por Dios. El rescate recordaba que la vida había sido perdonada. Pero Jesús no es simplemente un primogénito salvado. Él es el Cordero. No necesita ser rescatado. Él es quien rescata.

V. El Cordero presentado

En Egipto, la sangre del cordero salvó a los primogénitos. En el Templo, el Primogénito no es rescatado porque será Él quien entregue su sangre. Aquí el conocimiento interno se vuelve estremecimiento.

El Niño presentado no es rescatado porque está destinado a ser el precio del rescate de todos. San Pablo lo dirá más tarde: “Canceló el documento que nos era contrario.” (Col 2,14) Jesús no fue rescatado porque es el Rescatador.

VI. El misterio del Padre

¿Podría el Padre rescatar al Hijo? Teológicamente no tiene sentido. El Hijo es el Unigénito, eternamente en el seno del Padre (Jn 1,18). Pero el misterio es aún más profundo: El Padre no rescata al Hijo. Lo entrega. Aquí se vislumbra ya la cruz. En la Presentación aflora la misión. El Niño es consagrado para la redención de todos los pueblos (Lc 2,30-31).

VII. María y José

Sin comprender plenamente el alcance del misterio, María y José presentan al Niño. No lo rescatan. Lo entregan. María, que escuchará la profecía de la espada, ya comienza a participar del ofrecimiento. La Segunda Semana nos va llevando progresivamente a este punto: el seguimiento es ofrecimiento.